

# CASTRO EN SU

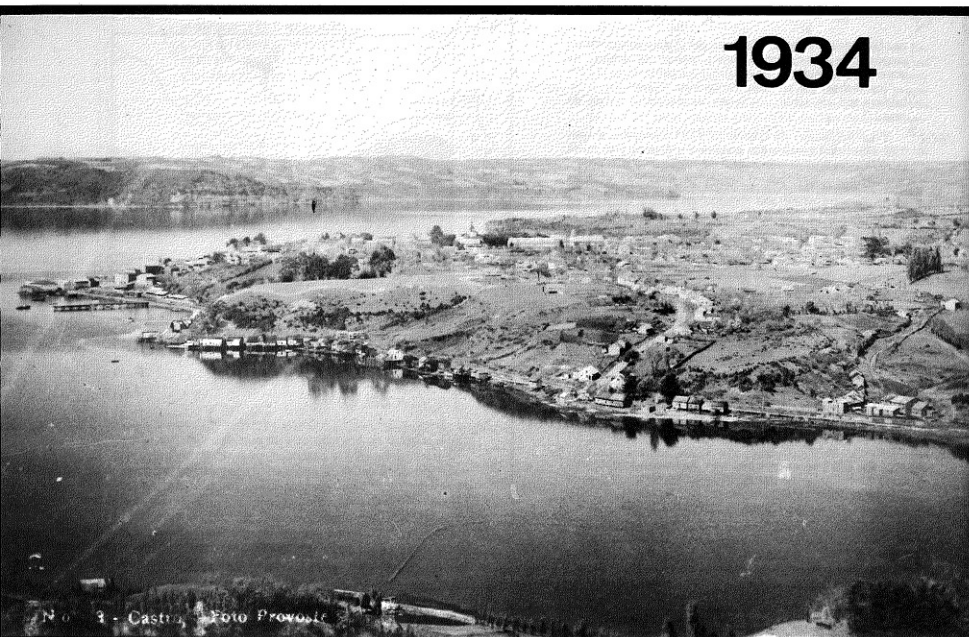
Su emplazamiento estaba dominado por sitios eriazos concentrándose las edificaciones más importantes en torno a la plaza (Iglesia, Convento, Edificios Públicos, Liceos) y en calle Lillo, centro de la actividad comercial portuaria que, encaramadas sobre palafitos ponían un pie en el mar. Las grandes casonas de Lillo de dos y tres pisos con bodegas, locales comerciales, residenciales y hoteles serían reducidas a cenizas en el gran incendio de 1936.

El acceso norte se hacía por calle O'Higgins que era sólo un empinado sendero, áspero y desaparejo; una especie de atajo de peatones y jinetes que lo tran-

sitaban para ahorrarse la subida por El Tejar. Decenas de carretas y carretillas, cientos de chuzos y palas lograron hacerla calle formal a comienzos de la década siguiente.

Hacia 1930 todavía no había casas en el costado poniente de calle Freire, de modo que desde Augusto Riffart hasta la plazuela Gamboa era un espacio vacío, abierto, sin construcciones. Todo el sector noreste de la traza urbana, situado en la pendiente que corre entre San Martín y Punta de Chonos, estaba despoblado. Sólo en 1942 cobraba vida al construirse la población Piloto Pardo, la primera de la ciudad con sus casas

## 1934



Pero el ámbito de la ciudad abarcaba, también, sus márgenes o alrededores. En realidad Castro tiene un emplazamiento de excepcional belleza porque domina el variado y recortado territorio adyacente, mixto de tierra y mar. Todo lo que queda comprendido entre Llau-Llao y Nercón y entre La Chacra y la cara interior de la península de Rilén, eran como sus extramuros con los que se comunicaba por un camino de tierra transitado por carretas, caballos y peatones, y por la línea del ferrocarril que pasaba por Llau-Llao a donde iba la multitud a la fiesta del pueblo cada 24 de enero. Y aún Dalcahue era parte de los alrededores porque quedaba a la mano de Castro a través de un servicio de góndolas de propiedad de don Antonio Ramos en 1948 y de los

Subiabre, después. El humanizado fiordo de Castro era recorrido por infinidad de embarcaciones que conectaban los muchos caseríos dispuestos a lo largo de la península de Rilén, con la ciudad.

En esos extramuros con sus innumerables y deliciosos rincónes de los campos inmediatos estaban los asados de cordero, la chicha fresca de marzo o la fermentada de invierno, como se saboreaba por los años 50 donde los Raipillán, en La Chádra, o donde los Niklitchek en el camino a Llau-Llao. Allí estaban, también, las fiestas religiosas más concurridas, las tierras más productivas y el mar más generoso en quilmahues, choros zapato y tacas.

# TERRITORIO

de idéntica arquitectura y pintadas de amarillo con sus puertas y marcos de color verde.

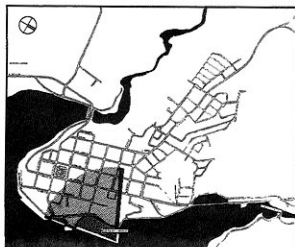
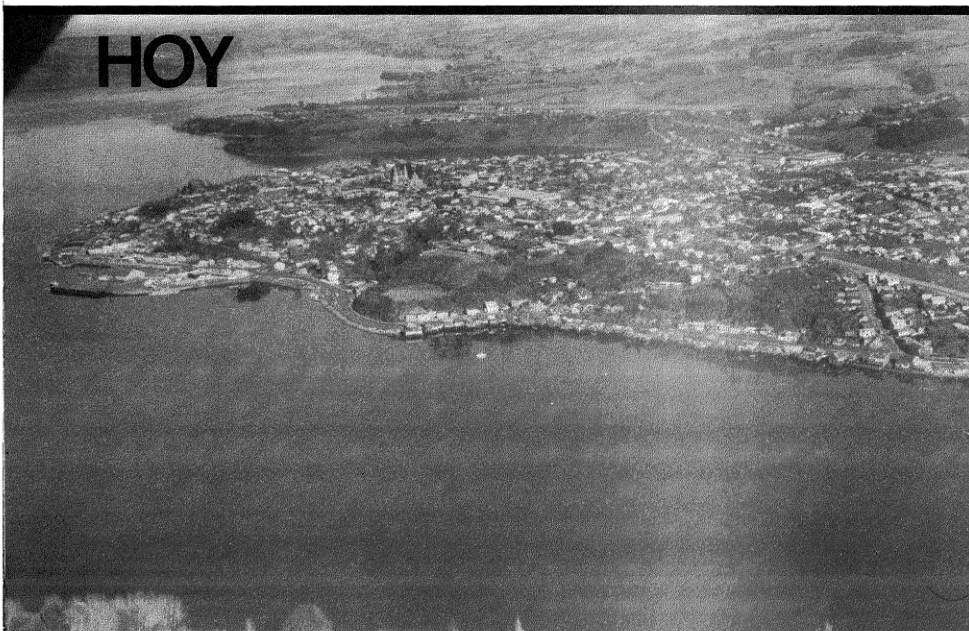
El resto era lo peculiar, como el populoso barrio Punta de Chonos que seguía la sinuosidad de la costa. Se había formado por ocupación espontánea y era, como hoy, sector de palafitos con vecinos dedicados a las actividades marinas. Mirando desde el mar, "Puntechonos" era variado y multicolor en verano.

En el otro extremo, el barrio Ten-Ten era la prolongación norte de este rosario de viviendas de orilla que en forma compacta alcanzaban hasta el "Puen-

tetierra", remoto suburbio de la ciudad.

La "Muy Leal ciudad de Santiago de Castro" es, también, nombre de resonancias semánticas. Muchos chilenos cultos que no la conocían, pensaban que Castro debía ser como un "castrum" romano. Y no andaban muy lejos. Entonces la ciudad estaba circunscrita a su trazado de cuadrícula dando efectivamente la impresión de un "castrum", aunque en realidad era una planta urbana típicamente indígena.

## HOY



El ángulo indica el punto desde donde fueron tomadas las fotos superiores.

